

**DISCURSO DEL PRESIDENTE NACIONAL DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO
GABRIEL VALDES EN EL ACTO DE CELEBRACION DE SU TRIGESIMO ANIVERSARIO**

24 DE JULIO 1987

En el salón de Honor del Congreso Nacional, el 28 de julio de 1957, se firmó el Acta de Fundación del Partido Demócrata Cristiano.

Mirada la historia a treinta años de distancia, debemos decir que ese día rompió para nosotros el transcurso del tiempo en un antes y un ahora. Antes del 28 de julio quedó situada la época de los precursores y de los fundadores, la etapa de los ensayos, la fase de la siembra y la germinación. En 1953 Tomic señaló que las ideas tenían "un misterioso modo de crecer". Hoy es necesario develar ese misterio: nuestros fundadores, en todos los niveles, nacionales, provinciales y comunales, se forjaron en el desinterés, las derrotas y la incomprensión. Así le abrieron paso a la Democracia Cristiana y contribuyeron a cambiar la cultura política de nuestra nación.

Por eso, este pueblo chileno, sabio y perspicaz, señaló a la DC como una fuerza política de carácter protagónico en este final del siglo XX. El llamado de Eduardo Frei, Horacio Walker, Radomiro Tomic, Pablo Larraín, Bernardo Leighton e Ignacio Palma estuvo dirigido a todos los chilenos de buena voluntad. A ese llamado concurren, además de falangistas y socialcristianos, mujeres y hombres venidos del Agrariorlaborismo y muchos que hasta ese momento no tenían afiliación partidaria.

El Partido fue creado, es y será un instrumento para servir a Chile. Hemos visto a nuestra organización, comunidad de ideales y esperanzas, de recuerdos y proyectos de futuro, de pensamiento y de acción, forjarse y crecer. Ella es, por tanto, consustancial con nuestras vidas. Tiene raíces profundas en principios sólidos, tiene arraigo popular. Ha llegado a ser un Partido Nacional y Popular. Ha sido leal a esta vocación.

Hoy no puedo detenerme en la evocación de nuestra historia, porque el país nos reclama una orientación ante el presente y el futuro inmediato. Deseo compartir la reflexión y la experiencia de la Democracia Cristiana con todos nuestros compatriotas y también con amigos, aquí presentes, que han venido a expresarnos su amistad.

Agradezco en particular la presencia entre nosotros del Ministro del Gobierno de la de la República Federal de Alemania Sr. Norbert Blüm, Vice Presidente de la CDU.

Su presencia y sus palabras generosas son una aplastante respuesta a quienes han tratado de engañar, diciendo que nada tiene que ver la DC chilena y la DC alemana. Nos inspiran los mismos principios, pero actuamos con absoluta confianza moral y política, en realidades diferentes.

Hay una lección sagrada que surge desde el fondo de la tragedia nacional: la democracia es nuestra razón de ser como partido. Hay más: la democracia es la razón de ser de Chile entero.

Que no se engañe, ni se autoengañe, ningún chileno: ¡En nuestra Patria no hay sustituto para la democracia! La exigimos profunda, constante y ordenada bajo la ley de la soberanía popular. Es el punto de partida mínimo para generar nuevas energías espirituales que convoquen a todos los chilenos a la tarea de recuperar el tiempo perdido.

El problema es más grave todavía: el país requiere para sobrevivir no una democracia a medias o una dictadura disfrazada de democracia, como se está intentando hacer.

Buscamos la plena democracia, en la cual para dar gobierno legítimo, el pueblo de Chile, como autor de su destino, debe elegir a través del voto universal, secreto e informado, al Presidente de la República. Definitivamente no puede confundirse esta elección con esa parodia que algunos intentan realizar, más parecida a un concurso para designar a un gerente de una empresa transnacional, donde lo único que falta es la publicación de un aviso, para reclutar al candidato, que diga: "Se busca adulto de centro derecha con excelentes relaciones políticas. Inglés absolutamente obligatorio".

¡Basta de engaños, basta de simulaciones, basta de complicidades y basta, también, de ingenuidades! El pueblo merece respeto y la crisis debe ser resuelta con absoluta legitimidad.

La Democracia Cristiana rechaza una transición fraudulenta que favorezca las ilusiones y los apetitos individuales o ciertos grupos de poder amparados en la impunidad que les da la fuerza. Terminaría por desprestigiar completamente, antes de que alcancen a organizarse de nuevo, las instituciones democráticas que surgirán.

El país requiere una transición en serio. Se trata de un período de intensa vida ciudadana, de hechos ya democráticos en la forma y en el fondo, que transcurren entre el fin de la dictadura y el comienzo de un régimen democrático regulado por el Derecho. En verdad, es una etapa muy dinámica de preparación para vivir más plenamente la genuina democracia. Esta fase puede durar un lapso prudente y puede ser encabezada por un civil, un militar o una alta personalidad moral, sin más exigencias que su compromiso de honor de volcar todas sus energías y su autoridad en hacer respetar efectivamente los derechos humanos, y en llevar adelante un cronograma democrático que incluya, como condición indispensable, un Congreso elegido democráticamente, con facultades constituyentes capaces de generar en el país un nuevo consenso constitucional, que termine con el impasse insoluble producido en torno a la actual Constitución.

A este gobierno nacional de transición y de emergencia, de naturaleza semejante al pedido por Eduardo Frei antes del plebiscito de 1980, todos los partidos, las Iglesias, las FF.AA. y las fuerzas sociales deben darle su apoyo, comprometiéndose a sostenerlo sin titubeos ni reservas. Esta tarea no puede ocupar las energías de un solo partido o de un solo sector social. Ella supone el concurso de todos.

Necesariamente deberemos llegar a un acto fundacional de una nueva democracia, en un acuerdo entre las FF.AA. y los partidos democráticos. Las FF.AA. no pueden entrar en una lucha electoral.

El valor de la democracia

Para preparar este futuro gobierno, los partidos políticos y las fuerzas sociales deben asumir las lecciones de la dictadura y deben reflexionar severamente, acerca de las razones que llevaron a la descomposición del régimen democrático, proceso que culminó en 1973.

¡Estas lecciones son sagradas e inexcusables y deben considerarse desde ya como nuevas orientaciones, estimulando nuevas actitudes y estilos políticos! ¡El régimen de Pinochet es la proyección pública de la debilidad política de los demócratas!

Las enseñanzas, válidas para todos los que desean recuperar la democracia, son evidentes por sí mismas. Sin embargo, pese a esta evidencia, se recae en la tentación totalitaria: la ansiedad por el poder y la frivolidad de la figuración política.

Partamos de las lecciones mayores, de las experiencias sustantivas, aquellas aprendidas con "sangre, dolor y lágrimas" y que, por tanto, no pueden ser en vano:

La democracia vale en sí misma. No puede ser relativizada. ¡Los derechos civiles y políticos no son derechos formales o "burgueses" como se llegó a decir! La arrogancia suicida de extremistas de izquierda y de derecha arrastró consigo a cientos de jóvenes a la muerte, al exilio, a la tortura o a la cárcel.

Yo pido a las familias chilenas afectadas por la dictadura, que expresen su voz de un modo que Chile entero debe escucharlas. ¡Exijan democracia! ¡Inviten a inscribirse a sus hijos, padres, hermanos y amigos! ¡Demuestren la falsedad de la frívola suposición de que la democracia política es sólo formalmente democrática!

Hoy, todos sabemos que, la democracia política es el camino para construir una democracia social y una democracia económica estable. No hay país que haya progresado bajo la dictadura. ¡El camino inverso, suspender la democracia política para construir la igualdad, provoca el fin de la libertad y la aparición de nuevas desigualdades! ¡Provoca la mentira y la mentira, necesariamente, lleva a la violencia!

La campaña por la elecciones libres

El objetivo de la campaña por las elecciones libres es democratizar el país y poner fin a la dictadura del general Pinochet. Es un proceso, es un movimiento cívico de la más pura esencia democrática, abierto a todos los que quieran convivir en paz y dirimir sus diferencias a través de la negociación o el voto.

Ello supone alcanzar un nuevo consenso constitucional, a fin de que el país entero tenga normas consideradas válidas por todos sus habitantes y sean, por tanto, respetadas y defendidas como el marco de organización de nuestra sociedad. Esto es clave para restablecer la unidad nacional hoy seriamente quebrantada. La campaña no termina en una elección o en un plebiscito que, de realizarse, recibirá un masivo NO como respuesta.

También deberán democratizarse las demás instituciones de la sociedad. Así, en los municipios, los alcaldes deberán ser elegidos por el pueblo; en las Juntas de Vecinos deberán generarse sus autoridades democráticamente; deberán crearse órganos de representación popular para llevar adelante la gestión del desarrollo de las regiones.

En suma, hay que democratizar el país entero. Ese es nuestro compromiso, persistente, que no cederá hasta lograr ese fin. Para alcanzar estos fines, grandes, medianos y más pequeños, pero todos esenciales para la vida pacífica de todo el pueblo, las chilenas y los chilenos deben inscribirse en los registros electorales en forma masiva.

Por medio del voto podemos poner fin a la dictadura de Pinochet. Ni siquiera debemos dar por descontado que habrá plebiscito, porque, si todos los chilenos se inscriben y hacen visible la inminente derrota del dictador, pueden abrirse alternativas mejores y más rápidas para recuperar la democracia. En cualquier caso, por medio del voto, podemos asegurarnos de que no se perpetuará

el régimen de la Constitución del 80. Por ello es irresponsable oponerse a la inscripción de los ciudadanos. ¡ Es antidemocrático !

Sin perjuicio de lo anterior, el país también debe estar preparado para exigir las condiciones éticas y políticas indispensables para concurrir al plebiscito.

Esas condiciones han sido definidas por el propio Episcopado Nacional de la Iglesia Católica en 1980 y, recientemente, las han actualizado altas autoridades morales.

¡Sin condiciones éticas y políticas mínimas no concurriremos al plebiscito! Hacerlo sería legitimar la aberración moral de un fraude.

Estas condiciones mínimas son obvias: número de inscritos, libertad de expresión garantizada, acceso a la comunicación, en especial a la televisión, ausencia de toda coacción física o moral, sistema de control electoral que dé plena garantía y supresión de cualquier forma de cohecho.

La existencia de estas condiciones, que son dinámicas, debe ir siendo evaluada en diversas oportunidades durante todo el proceso electoral por la Democracia Cristiana, por todos los partidos democráticos y, más en general, por la ciudadanía toda. Proceder de otro modo, sería otorgar impunidad a un gobierno que carece, por sus actos, de toda credibilidad democrática. Por lo menos, el gobierno debería modificar la ley de inscripciones, hacer obligatoria, gratuita y accesible la inscripción. Pero debe quedar en claro, que no basta la inscripción masiva en los registros electorales, para tomar la decisión de concurrir al plebiscito. Al gobierno corresponde otorgar las garantías que aseguren las condiciones mínimas estudiadas. Si ellas no existen, sería una locura moral y una irresponsabilidad política con graves consecuencias históricas, concurrir a una derrota determinada por anticipado.

La campaña por las Elecciones Libres generará en profundidad, extensión y credibilidad, si el país advierte su claro carácter democratizador. Para renovar la política y construir una democracia moderna, es indispensable superar la mera agitación electoralista propia de la democracia del pasado, más de clientes que de ciudadanos. Al clientelismo del gobierno, que lo ejerce sin escrúpulos ni medida, hay que oponer la conciencia política y moral de los nuevos ciudadanos. Con los actuales niveles de desempleo es muy fácil reclutar un ejército de activistas electorales. Fácil, pero muy inútil, porque la derrota estará sellada de antemano. Frente a los recursos materiales del gobierno sólo cabe oponer la energía espiritual y la movilización de nuestro pueblo.

Los partidos democráticos no pueden seguir actuando dispersos ni trasladar a esta tarea sus particularidades ideológicas. Si el primer esfuerzo fue la Alianza Democrática, si después se avanzó hasta el Acuerdo Nacional cuyos disposiciones siguen teniendo plena vigencia, el Comité de Partidos por las elecciones libres a esta altura de la situación, a meses de una definición histórica, es un esfuerzo abierto para encontrar unidad en la acción.

No se trata propiamente de una alianza política. De lo que se trata es de encontrar en este denominador común mínimo, de carácter cívico, fundamental, de inscripción para las elecciones libres, un acuerdo para actuar coordinadamente. Creemos que todos los partidos que limpia y seriamente acuerden estar por las inscripciones electorales y las elecciones libres, deberían actuar conjuntamente. Con dirigentes de otros partidos he recorrido muchas ciudades y pueblos de Chile y hemos visto, lo mismo que en las comunas y barrios de Santiago, como al nivel de la población las mujeres y los hombres se reúnen como ciudadanos, para formar comités para impulsar las inscripciones. Y a las reuniones han llegado representantes legítimos de fuerzas de

derecha, centro e izquierda para hacer oír su voz en esa dirección. Estoy convencido que los problemas están en pugnas entre dirigentes y en la acción perturbadora de los medios de propaganda del régimen. No en el pueblo.

La hora exige grandes definiciones y claridades. Pongamos fin a la dispersión, pongamos fin a los referentes cupulares y a sus confusiones. Que la derecha no hable más sólo a la derecha, que el centro no hable solo al centro y que la izquierda no hablen sólo a la izquierda. Que todos hablemos a los chilenos porque estamos por la democracia de veras, tratemos de interpretar al pueblo chileno que no está encasillado, que es múltiple y que quiere paz, trabajo y libertad. En los últimos días hemos visto cómo este movimiento se aclara y crece una convergencia. Tengo fe en que, unidos en un gran bloque de partidos, demostraremos, al fin, una unidad en una base esencial y transparente, de método y de finalidades básicas para alcanzar la democracia.

No estarán los que no crean en la invencible fuerza moral de la voluntad pacífica de organizar a los ciudadanos. Las palabras soberbias y anticuadas y las violencias de todo signo, los maximalismos inútiles quedarán acallados y aislados.

Esta urgencia la ha comprendido la juventud que tiene muy profundas razones para pedir un Chile democrático en una propuesta que define, un camino definido y sin ambigüedades.

La política popular

El mayor escándalo de la política nacional es el abandono de los pobres, el olvido de los marginados, el ocultamiento de sus vidas sin esperanzas.

Lo consideramos el mayor desafío. Se los sigue manteniendo en una espera que se agrava hasta límites intolerables cuando, a la catástrofe de la política gubernativa, se agregan las catástrofes naturales.

Pero toda tarea será de carácter menor y de corto alcance, si la DC y todos los partidos no se preparan para llevar adelante un programa de transformación social fundado en un Pacto de la Solidaridad, solemnemente acordado, para elevar las condiciones de vida del mundo marginal. Un pacto de esta naturaleza, sustentado en una mística nacional para terminar con la miseria, deberá definir las políticas, programas e instrumentos que se pondrán en ejecución durante un período no inferior a una década, a fin de erradicar la pobreza crítica de nuestro país. Este Pacto Fundamental significará establecer prioridades reales y sacrificios para el resto de los chilenos, convocados a practicar una solidaridad concreta con sus hermanos más desamparados.

Una política popular responsable nada tiene que ver con medidas populistas en que ningún sector sacrifica realidades o expectativas.

El país debe tener una conciencia transparente del deterioro de las condiciones socio-económicas de la mayoría de los chilenos y, muy especialmente, de los más pobres.

Cual es el escenario

Por quince años hemos estado sometidos a una dictadura personalista y arbitraria cuya dureza la ha hecho tristemente célebre en el mundo entero. Pinochet inicia su campaña para perpetuarse y hacer de nuestra Patria una sombra larga, aislada, de fuerza, temor y violencia.

Pero esta decisión no sólo encuentra la oposición en la inmensa mayoría del pueblo, también entre quienes la han apoyado y hasta tres de los Comandantes proponen otra solución.

Pero la dictadura no ha sido sólo un régimen de fuerza armada. Bajo éste se ha realizado un intenso esfuerzo por cambiar los valores, la cultura, el pensamiento y la estructura social de Chile.

Como se ha dicho sectores importantes de la derecha, que había sido espectadora antagónica y angustiada de la exacerbación ideológica, fueron congregados tras el golpe militar, por un grupo de intelectuales que la embarcaron en la aventura ideológica más extrema que registra la historia del país. Arrasando esenciales derechos humanos, se ha tratado de imponer modelos de Chicago, a fin de crear una sociedad basada en un individualismo que cancela la política y destruye el concepto de Nación, para ser reemplazados por un proyecto de maximización personal de utilidades económicas desprovisto de contenido ético. Chile ha sido objeto de una ideología importada para convertirnos en un laboratorio.

Los resultados están a la vista. Total aislamiento exterior. Gigantesco endeudamiento externo que se fraguó en una escandalosa competencia de grupos, sin beneficio alguno para el país y que hoy carga a ésta y a las futuras generaciones. 5.600 millones de dólares ha costado esta aventura cuya responsabilidad política habrá que saldar, como tantas otras.

Cuánto se ha engeñado.

Como ha comprobado un destacado economista hace pocos días: La capacidad productiva del país ha puesto marcha atrás en un decenio, el desempleo real promedio durante el régimen ha sido superior al 18 por ciento, tres veces superior al del tiempo de la democracia, el número de personas que no consumen las calorías necesarias se triplicó entre 1970 y 1983.

El producto por habitante era en 1986, inferior al de 1970, al igual que el consumo por habitante.

El gasto social per cápita es de un 20% inferior al de 1970.

Un 30% de las familias, tres millones seiscientos mil chilenos, tienen un ingreso inferior al costo de una canasta básica de alimentos.

Pero donde el cuadro es aterrador, es en el deterioro de la distribución del ingreso: entre 1960 y 1986 los sueldos y salarios tienen un poder adquisitivo menor de 15%, el ingreso mínimo se ha reducido en un 23%, las pensiones del sector civil han caído en más de un 10% y las asignaciones familiares de obreros y empleados han caído en un 54% y 74% respectivamente.

Pero hay más. La privatización acelerada de empresas públicas y la transferencia de éstas y de privadas al exterior, todo ello para seguir frenéticamente ideologías en boga y hacer Caja, crean una condición extremadamente difícil a un Gobierno democrático, que necesitará tener instrumentos de política económica e incluso para la más mínima autonomía como nación. Si esas transferencias abarcan el control de servicios nacionales como las AFP, se llega ya a situaciones límites de resguardo de la soberanía.

Todo esto es sabido y sentido. Por otra parte, el desmantelamiento del Estado en aquellas funciones que no pueden y no son subsidiarias en ningún país, como Obras Públicas, con un presupuesto bajo los requerimientos de mantenimiento dejada al descubierto en el último desastre de lluvias, llevan a la conclusión de que el régimen ha fracasado en el campo internacional, en lo político, en lo

económico y en lo social. Pero particularmente, ha creado una crisis moral que requerirá un esfuerzo inmenso y sostenido para ser solucionada. Hay muchos más pobres, el país está más pobre, el país está profundamente dividido.

Es por esta situación que rechazamos en la forma más categórica la declaración del Sr. Elliot Abrahams, subsecretario para América Latina del Departamento de Estado de los Estados Unidos cuando dijo, hace pocos días que: "la Economía de Chile era un modelo". No habrá ni transición ni democracia si no hay un cambio substancial en la orientación y en los métodos de la economía chilena. Nosotros nos quedamos con el Mensaje del Papa Juan Pablo II: "los pobres no pueden esperar".

La concertación social y política

Definir como prioritaria la política hacia el mundo marginal no es suficiente. El país requiere de una concertación social para crecer económicamente, en forma sólida, estable y justa entre los empresarios y los trabajadores, y de una política de acuerdo entre los partidos y las fuerzas sociales.

La democracia del futuro, surgida de las angustiosas condiciones del actual régimen, deben tener un apoyo social y político, cualitativa y cuantitativamente mayoritario.

Sin este apoyo no sólo no habrá legitimidad, sino que no habrá estabilidad democrática y la inflación desatada o el desorden social estarán a la vuelta de la esquina.

Hemos reiterado durante varios años que valoramos la creatividad empresarial como un motor indispensable del desarrollo. Muchos empresarios ya lo entienden, mientras unos pocos siguen aferrados a la dictadura para recibir privilegios y subsidios. Como fruto de las experiencias, deben comprender que la democracia política es la garantía real para que su esfuerzo sea respetado, tenga plena legitimidad. Asimismo, sea la garantía más real de la propiedad privada. Ello no puede ser un privilegio ni un instrumento de poder sino una forma de contribuir al desarrollo del país. Es en función de estos conceptos que será garantizada y entendida.

Paralelamente, observamos con esperanza los signos de un nuevo sindicalismo, más autónomo, más responsable y con mayor preocupación por un enfoque global de desarrollo, que supere una posición meramente reivindicativa. Este proceso, en la medida en que se extienda, abrirá la perspectiva de poder racionalizar la economía y superar sus grandes desequilibrios.

Por su parte, la concertación política ha progresado. De más en más, los partidos practican la cooperación, tan ajena en la política del pasado. Sería inútil desconocer y aún faltan etapas para alcanzar una cooperación estrecha y eficiente.

En la propia experiencia de la DC, hubo confusiones iniciales que planteaban como contradictorias la identidad partidaria con la amistad cívica. Hoy, esos recelos se han disipado y todos los demócratas cristianos están decididos a fortalecer los diferentes lazos que nos unen con la oposición democrática.

El gran obstáculo para la convergencia de los opositores ha sido la discusión acerca de la forma más eficaz para terminar con la dictadura. A ello me referiré a continuación.

La convocatoria para reconstruir la democracia

La experiencia de estos años acerca de los caminos para terminar con la dictadura es concluyente. Uno, el que hemos seguido, ha significado que los espacios políticos de libertad que se han logrado, han sido la obra diligente de la movilización social y política. Contra la voluntad del gobierno, ha regresado una parte importante del exilio. Los partidos políticos se han fortalecido. Han surgido diarios y revistas de oposición. El país ha reaccionado frente a las violaciones de los derechos humanos. Se han democratizado innumerables organizaciones sociales, incluyendo sindicatos y colegios profesionales. Los espacios conquistados son cualitativa y cuantitativamente significativos.

Repito: todo lo obtenido ha sido conquistado. El gobierno no nos ha otorgado ningún espacio por concesión graciosa.

Por otra parte, la vía de la subversión, bajo sus diversas formas violentas, ha sido aplicada con ambigüedades que desembocaron en dos hechos que, sin lugar a dudas, fortalecieron al régimen del general Pinochet. Me refiero a la introducción de las armas y el atentado contra el general. Los momentos más débiles y difíciles de la oposición están asociados con ambas circunstancias. Incluso, llevaron precipitadamente a algunos opositores a negar el valor de la movilización social.

La experiencia de los dos caminos es irredargüible y nos reafirma en la necesidad de convocar a que se opte entre democracia y dictadura. Para fortalecer la opción democrática, se debe renunciar a los métodos que significan más violencias y más tragedias. Se deben denunciar todas las formas de militarización de la vida política. Con cualquier nombre que se les llame.

Los que persisten en aventuras violentas y hasta terroristas, más o menos disfrazadas ideológicamente, han fracasado y no lo pueden ocultar, acentuando violencias verbales y un terrorismo inútil. Deben escuchar las exigencias del pueblo que les pide que depongan sus armas y sus intenciones. Sus armas para derrotar a las armas y las intenciones que de dichos actos emanan de modo objetivo, consistentes en prolongar la dictadura actual hasta poder reemplazarla por otra de signo contrario. No lo aceptamos.

Chilenos y chilenos:

Hace treinta años se firmó el Acta de Constitución del PDC. En ese mismo año se aprobó su primera Declaración de Principios. Ella se compromete solemnemente ante el país desde entonces y hasta hoy. Leo su primer artículo como una ratificación de ese compromiso y como consagración de la DC en el servicio de todos los chilenos y una confesión renovada de nuestra fe democrática:

"El PDC tiene por misión realizar una verdadera democracia, en la que el hombre pueda obtener un pleno desarrollo espiritual y material.

"En esta tarea de liberación humana, da expresión a una política inspirada en el contexto cristiano de la vida, que impulsa el ascenso de las fuerzas populares tendiente a transformar las estructuras de la sociedad de nuestro tiempo.

"Sus aspiraciones forman el patrimonio común de quienes trabajen por la dignidad y el progreso del hombre, y para llevarlas a cabo llama a todos los chilenos".

Como hace treinta años, la DC llama hoy, una vez más, a todos los chilenos a conquistar la democracia.

En este aniversario abierto a un futuro de grandes responsabilidades, llamo a los pobladores demócratacristianos, a los campesinos, a los trabajadores de las industrias y las minas, la pesca y los servicios, a los profesionales, a los intelectuales, a las mujeres y a la juventud. La tarea comenzó hace treinta años, pero comienza de nuevo hoy día. Hemos terminado un masivo proceso electoral que culminará en ocho días más. Estoy seguro que saldremos más unitarios, más fortalecidos, más decididos y con mayor coraje para enfrentar nuestra cuota de responsabilidad en la lucha para poner término a la dictadura y cooperar a la construcción de la Democracia. Debemos unir a los chilenos para reconstruir el sentido de nación que se funda en la solidaridad, en el trabajo de todos, en la dignidad de todos y en la conciencia de que Chile es un proyecto común, hermoso y posible.

A ustedes aquí y a quienes me escuchan por la radio en los rincones más apartados, un abrazo de fraternidad y de esperanza porque entre todos construiremos una patria para todos los chilenos.